



JAVIER MORO

A FLOR DE PIEL

Una mujer. Dos adversarios. Veintidós niños.
Una aventura que cambió el rumbo de la Historia.

Seix Barral



Javier Moro

A flor de piel

La aventura de salvar al mundo

1

La joven se abrió paso a empujones entre las bestias apretujadas en la entrada de su casa siempre en penumbra. Aparte de la peste habitual a orines, a sudor animal y a paja mojada, un tufo a mandrágora la puso sobre aviso. «¿El médico?», se preguntó extrañada. Sólo se oía el resuello de la vaca y el piar de los polluelos que picaban el suelo afanosamente. Ninguna voz, ningún sonido humano, ningún ladrido salía del interior de la casa usualmente atestada de animales y gente. «Qué raro», pensó Isabel. Sabía que su madre estaba dentro, porque guardaba cama. Así que depositó en un altillo el manojo de berzas que su padre le había encargado recoger, se quitó los zuecos sucios de barro y empujó el portón. Olía a humo, a humedad y a rancio.

Entornó los ojos, que tardaron unos segundos en adaptarse a la oscuridad. El haz de luz que se filtraba por una grieta en uno de los muros le hizo descubrir, para su sorpresa, que toda la familia estaba presente en esta sola habitación que hacía de establo, cocina, pocilga, dormitorio, salón y hasta de enfermería. En el catre de madera lleno de paja cubierta con una sábana de estopa, donde solían dormir todos juntos, yacía bocarriba una mujer de mediana edad que parecía una anciana. Su madre. La Ignacia. La que no paraba de trajinar, la que animaba a los demás, la que no se amedrentaba ni por el frío ni por el hambre,

la que parecía inmortal. Sin embargo, llevaba tres días con calentura, escalofríos, vómitos y convulsiones. Isabel se asustó al ver que le habían salido manchas rojas en el rostro.

Arrodillado en el suelo, con un rosario en la mano, el cura don Cayetano Maza, un hombre grueso con mejillas encarnadas, mascullaba una oración. A Isabel se le revolvió el estómago. El párroco no solía entrar en las casas, no le gustaba restregarse ni con la pobreza ni con la enfermedad. La última vez que lo hizo fue cuando vino a bautizar al hermano recién nacido, pero cuando llegó, el bebé ya había muerto.

—¿Madre? —preguntó Isabel con voz trémula.

Vio que sus hermanas pequeñas, María y Francisca, lloraban en silencio. Juan, el mayor, contemplaba absorto el cuerpo yacente; a su lado estaba su padre, Jacobo Zendal, un campesino fibroso de piel curtida y arrugada, que levantó la vista hacia su hija. Tenía los ojos hinchados, febriles.

—¿Qué pasó? —preguntó Isabel.

En vez de contestar, el hombre le devolvió una mirada de impotencia. A su lado, la tía María, hermana de su madre, se encogió de hombros. El pequeño que llevaba en su regazo estiró los bracitos hacia Isabel, que le hizo un gesto de ternura.

—Viruela —dijo el médico—, viruela maligna.

Isabel paseó la mirada por su casa, que ni siquiera disponía de chimenea. El techo, las paredes y las vigas estaban negras de hollín. Sobre la cocina de leña se apilaban un par de cazos, un montón de platos, cucharones de madera y un cesto con ciruelas; dos cántaros, una silla y multitud de aperos y herramientas estaban desperdigados por el suelo, donde una cría de cerdo y varios polluelos deambulaban a su antojo. Isabel reparó en la rueca apoyada contra la cocina, esa rueca para hilar lino que no faltaba en las casas de Galicia y que había sido la inseparable compañera de su madre, y entonces, de pronto, tomó conciencia de la realidad. Su madre acababa de fallecer. Era el jueves 31 de julio de 1788.

El contraste entre la miseria oscura del interior de la casa y el esplendor de la naturaleza del exterior no podía ser más punzante. Los campos de trigo, centeno y maíz que se extendían por las suaves lomas de los alrededores de la pedanía de Santa Mariña de Parada, en el municipio de Ordes, se habían teñido de oro. Pronto habría que segar. Las florecitas amarillas del tojo, un matorral que mezclado con plasta de vaca servía de abono, punteaban el monte. Por encima del canto de los pájaros, las campanas tocaban a muerto. Desde sus casas dispersas e igual de míseras que la de los Zendal, acudían los vecinos al entierro de la Ignacia, muchos de ellos descalzos, porque el campo estaba seco. Sus ropas remendadas de colores oscuros o pardos, impregnadas de olor a humo, se enganchaban con las zarzas de las silvas. No muy lejos de la iglesia adonde se dirigían se erguía el pazo del dueño y señor de la mayoría de las tierras del municipio, junto a un hórreo gigante de piedra donde atesoraba castañas y miel.

Los Zendal llegaban por uno de los senderos, caminando detrás del cadáver tendido en un carro que chirriaba, tirado por la vaca. Bordeado de manzanos, perales y castaños, y de grandes robles donde anidaban tórtolas y arrendajos, era el mismo camino que emprendía Isabel todos los sábados para asistir a la clase de alfabetización que impartía el cura en la parroquia. A pesar de que era una anomalía ser la única hembra en una clase «sólo para varones», el cura la había aceptado porque era espabilada, y también porque el hombre se cansó de discutir con la Ignacia. Harta de sentirse engañada con las pesas y las cuentas, la mujer había empleado toda su energía en vencer la terca oposición de muchos vecinos, y hasta la de su marido, para que la niña aprendiese a contar. Estaba lejos de sospechar que aquellas clases transformarían para siempre el destino de su hija. Para Isabel, aquellos momentos que parecían fuera del tiempo, los únicos en los que aprendió algo que no estuviera directamente relacionado con el mundo en el que había nacido, se habían acabado para siempre con la viruela de su madre.

En la sacristía, don Cayetano le señaló un papel sobre la mesa; el acta de defunción.

—Firma aquí —le dijo el párroco—, tú que sabes de letras.

Muy despacio, vacilando y con la mejor caligrafía posible, escribió su nombre. Luego leyó, en la parte inferior del documento, tres palabras:

—Padre, ¿qué significa pobre de..., solem...?

—Nada, hija. Eso es para que el entierro no os cueste nada.

Para el párroco, «pobre de solemnidad» no era sólo una definición, era un término de derecho que permitía que Ignacia Gómez, esposa de Jacobo Zendal, jornalero de toda la vida, un hombre quieto, de buen genio, sin posesiones ni tierras, fuese «acreedora de los beneficios procesales de la pobreza». Uno de esos beneficios era ser enterrado gratis en sepultura individualizada dentro del recinto de la iglesia, porque el coste lo asumía la propia parroquia.

De modo que a pocos metros de la iglesia, cuyos muros estaban cubiertos de rosas silvestres, alrededor de las cruces del cementerio, se fueron congregando los vecinos, sin acercarse demasiado a los familiares para evitar el contagio. La viruela producía un miedo cervical, sobre todo en las mujeres. Si bien la peste o el tifus podían matar más rápidamente, la viruela causaba un terror agudo por sus secuelas al provocar unas erupciones en la piel capaces de deformar para siempre los más bellos rostros. Para las mozas en edad casadera, aquello era peor que la muerte.

Isabel no recordaba haber visto a tantos vecinos juntos desde que el obispo de Santiago viniese siete años atrás con la misión de confirmar en la fe católica a los feligreses. Ahora, todos compartían una misma expresión de perplejidad atravesada de un destello de pánico. La muerte se había llevado por delante a una buena mujer que menos de una semana antes se encontraba bien. La mañana en que cayó enferma la habían visto ordeñar las vacas del amo y, por la tarde, acarrear grandes ovillos de lino.

De pronto le dieron unos sofocos, luego le subió la fiebre y por la noche se retorció de dolor en la cama. Avisado el cura, mandó llamar al médico, que vivía en Ordes, pero el hombre no llegó hasta el tercer día. Demasiado tarde; aunque, si hubiera venido antes, tampoco hubiera podido hacer nada. La flor negra, como llamaban a la viruela, era cruel y antojadiza, sobre todo con los pobres.

A la hora de enterrar el cadáver, envuelto en un sudario sucio de tierra húmeda, Isabel se hizo un hueco entre sus hermanos. También ella quería participar en el último adiós a su madre; y así, juntos, depositaron el bulto en el fondo de una zanja profunda, y con una pala echaron cal viva y tierra. Arriba, en el borde, el jovial don Cayetano, abrazado a Jacobo, rezaba un responso por el eterno descanso de la difunta. Sus palabras, las mismas que usan los hombres desde el albor de la Historia para protegerse de la muerte, no ofrecieron gran consuelo. La Ignacia se había ido demasiado pronto, sembrando el desconcierto y el terror, y una pregunta que inevitablemente flotaba en el aire: ¿quién será la próxima víctima? Al alzar la cabeza, Isabel vio una bandada de pájaros surcando el azul del cielo. Pensó en el alma de su madre, que por no tener ni un real viajaba con lo puesto al más allá. Aun así, había que estar agradecidos al párroco, porque a modo de alivio dijo que iba a conseguir del dueño y señor de las tierras una misa rezada de dos reales a Nuestra Señora de los Desamparados, y quizás otra en la capilla de las ánimas de Santiago.

2

A sus trece años, Isabel asumió que le tocaba reemplazar a su madre. Tuvo que vaciar la casa de objetos, enjalbegar las paredes, luego rociarlas de cal viva y ventilar la casa un día entero. Eran las directrices de don Cayetano, que repetía en el púlpito los consejos del médico para evitar epidemias. En ningún momento permitió que sus hermanas la ayudasen; estar ocupada era para ella la única manera de conjurar la pena tan grande que le corroía el corazón.

Lo más duro fue reunir toda la ropa de su madre y lanzarla a la hoguera con ayuda de una horca. Le hubiera gustado quedarse con algún recuerdo, pero la viruela se lo llevaba todo: un jubón, dos faldas, un corpiño, tres pañuelos y la ropa interior, hecha toda de picote, un tejido áspero de lino urdido con trama de lana. Luego reunió toda la vestimenta de la familia y la hundió en un barreño para teñirla de negro: faldas, pantalones, chaquetas, chalecos y calcetines. A la suciedad acostumbrada que se incrustaba en la piel, de ahora en adelante se añadirían manchas oscuras difíciles de quitar, producidas por el corrimiento del tinte. Pero ese luto riguroso bien se lo debían a la Ignacia.

Hundidos en la melancolía, los Zendal no podían interrumpir su rutina diaria. Si habían trabajado siempre a destajo en el cultivo de tierras que no les pertenecían y en el cuidado de ani-

males que tampoco eran suyos, ahora debían repartirse las tareas que solía hacer la madre de la familia, que era la primera en levantarse y la última en acostarse, siempre seguida de Isabel, su preferida, la mayor y la que más la ayudaba, la más viva y la más alegre también, y la más cariñosa. Su sombra. Cada niño que nace, no es una boca que come, son dos brazos que trabajan, se decía en Galicia. A los cinco años, a Isabel le gustaba ir delante de las vacas, marcándoles el camino para que hicieran un surco recto al arar la tierra. Los días de fiesta, tenía asignada la misión de vigilar la cocción del pote, que duraba horas en las que había que mantener viva la lumbre. A los siete años, después de pasar el sarampión, la mandaban sola a traer leña del monte, a por agua a la fuente o a por harina al molino. «Ya gana el pan que come», decía su madre, y aquellas palabras la llenaban de orgullo.

Sus mejores momentos, aparte de los que vivió con la sola compañía de su madre, eran de cuando la mandaban a pastorear. Acompañada de otros chavales, pasaban las tardes hostigando a las gallinas y alborotando ovejas, jugando con todo lo que la naturaleza ofrecía a los niños. Desde muy pequeña, no sólo trajinaba en las cosas de casa, haciendo encargos o recados de poca importancia, sino que también se ocupaba de sus sobrinos pequeños, que vivían a unos cien metros de distancia, en Grela de Arriba. Les daba de comer dos o tres veces al día, y más tarde les enseñó a comer solos. Cuando sus padres la necesitaron en el campo, se negó a dejar a sus sobrinos con la única compañía del perro y las gallinas. Le daba igual que todos los niños se criasen solos y a la buena de Dios; Isabel no estaba dispuesta a hacer lo mismo hasta que empezasen a andar. Y aun así, le costó. Era dócil acatando las instrucciones, pero cuando se trataba de niños, le podía el genio, ese que había heredado de su madre, y actuaba según el dictado de su conciencia.

Isabel dijo adiós a los cuadernos, los lápices y la clase semanal, ese paréntesis de sosiego en las arduas tareas del hogar y del campo. Se despertaba de madrugada, encendía una vela, daba

de comer a los animales, prendía la lumbre en la cocina y ponía el cazo de leche a calentar, cuando había. A medida que los demás se iban levantando, se la servían en un cuenco al que añadían harina de mijo. Sentados en el suelo y apoyados contra la pared, desayunaban en silencio. Apenas comentaron la viruela que se había llevado a la Ignacia, por miedo de atraer el mal al mentarlo. Tampoco mencionaron los avatares del entierro: estaban acostumbrados a la fatalidad. Gente de pocas palabras, ahora la morriña los volvía más taciturnos. Sólo hablaban de alguna incidencia en la faena que se les avecinaba. Al terminar la leche, cada uno se metía en el bolsillo un trozo de tocino con un pedazo de pan de maíz que Isabel les había preparado para cuando hubiese que «tomar las once», como llamaban al almuerzo, y se despedían. La muchacha se quedaba fregando los cuencos y los cubiertos, y luego hacía lo que hubiera hecho su madre: recogía la ceniza de la cocina y la esparcía en el huerto a modo de fertilizante.

Y el día no había hecho más que empezar. Debía ocuparse de los sobrinos, la casa, los animales y el campo. Según las estaciones, también debía segar con la guadaña y trillar el trigo, recoger ajos y cebollas, empuñar el arado, sembrar berzas, habas, repollos y coles, podar los carvallos y cortar leña, cosechar el mijo, quitar las malas hierbas, ir con una hoz a recoger tojo al monte para hacer el lecho de las vacas del amo, preparar la tierra para la siembra del lino, hacer estopa, hilar..., una lista tan interminable como variada.

A esto se añadían las dificultades propias de cada temporada. La despensa estaba casi vacía desde el principio de la primavera, porque ya habían consumido el producto de la matanza del cerdo y de la cosecha de cereales del año transcurrido. Que en la época de más faena hubiera menos alimento para reponer fuerzas era una paradoja dura de encajar. Pero era así en todas las casas. A finales de verano, Isabel se quedó sin harina porque tuvo que devolver a las vecinas la que su madre había pedido

prestada dos meses antes. También racionó la leche y los huevos, que eran buenos productos para vender o trocar. Pensaba arreglarse con berzas, habas, castañas, pan de mijo y tocino. No probaba carne fresca desde el invierno, cuando ella y su madre hicieron un pote en Navidad. A sus trece años, Isabel no conocía el pescado, y eso que vivía a pocos kilómetros del mar.

Aquella vida precaria era muy sensible a cualquier desequilibrio, por pequeño que fuese. Que lloviese más de la cuenta o que hubiera una sequía bastaba para que volvieran las penurias, el espectro del hambre y las epidemias.